

## Editorial

Una primera reacción al escribir este editorial para la revista *Temas*, que tan amablemente me han solicitado, sería el enfoque más académico de dar cuenta de la riqueza y diversidad de temas que tratan los artículos de este número buscando un hilo conductor. Efectivamente la diversidad de los artículos muestra este hilo conductor, formado por los tres pilares en que se basa la revista: las humanidades, las ciencias sociales y la pedagogía.

Sin embargo, la otra reacción responde a la interpelación que los distintos centros de Investigación para la Paz de las diferentes universidades del mundo sentimos, ante la transformación por medios pacíficos de los conflictos armados en Colombia, en estos momentos históricos. Sería una prolongación de la arrogancia heredera de la colonización, pretender señalar desde España: "Os vamos a decir lo que tenéis que hacer" (¿Herencia del "chamán metropolitano"?).

En primer lugar, porque ha sido tanto el sufrimiento de muchas personas a lo largo de los años, que al investigador le produce asombro, estupor, admiración y casi como reverencia. Estos son los sentidos que la tradición filosófica occidental dice que están en el origen del filosofar y que expresan con el verbo griego *thaumazein*. En nuestro Máster y Doctorado hemos aprendido del estudiantado y profesorado de todas las partes del mundo que tenemos que abordar los temas de paz, conflictos y desarrollo, con el máximo rigor académico. Pero no por prurito académico, sino precisamente por la preocupación práctica de transformar, por medios pacíficos, el sufrimiento que unos seres humanos somos capaces de producir en otros. Desde esta perspectiva, en estos momentos históricos de Colombia nos queda estar atentos, sentirnos interpelados y aprender de vuestras formas de hacer las paces.

En segundo lugar, hemos hablado de transformación y no de resolución de conflictos. Académicamente, los estudios de los conflictos han pasado por una primera etapa en la que se utilizaba la terminología "resolución de conflictos": parecía que el conflicto era algo negativo que había que superar a toda costa, incluso a costa de la justicia de la solución. Hubo una segunda etapa en la que se habló de gestión de conflictos que ya permitía considerar el conflicto como algo positivo o negativo, según la forma que tuviéramos de gestionarlo. Sin embargo, entre los investigadores resultaba demasiado ligada al *management* y a la gestión de las empresas y a los mal llamados "recursos humanos" (creo que recursos son el carbón o el petróleo, pero ¿los seres humanos?). De hecho, con la actual crisis económica producida por el neoliberalismo, se está fomentando, incluso en los currículos escolares, el "emprendimiento" o "emprededurismo" (*entrepreneurship*), como si cada ser humano fuera una empresa individual y tuviera que afrontar la crisis económica desde su propia iniciativa ("sálvese quien pueda"), en lugar de comprometerse con una transformación social de las estructuras injustas y productoras de desigualdad, exclusión y hasta expulsión del sistema económico. La tercera denominación para los estudios de los conflictos es la de transformación. Parece que los conflictos no se resuelven de una vez para siempre, sino que se transforman: serán positivos o negativos según los transformemos y nuestro compromiso es transformarlos, como el actual caso de Colombia, por medios pacíficos. No parecen resueltos los conflictos de violencia estructural que producen desigualdades, marginación y exclusión, pero sí están cambiando las formas de afrontarlos y las posibilidades de transformación.

En tercer lugar, en nuestra propuesta de filosofía para hacer las paces, como somos realistas, hemos aprendido que los seres humanos tenemos capacidades y competencias, como hemos dicho, para generar mucho sufrimiento, muertes y todo tipo de violencia, directa, estructural y cultural o simbólica. Sin embargo, a pesar de que los llamados "realistas" acaban aquí el argumento y afirman que "no podemos hacer nada" (y, consecuentemente se cumple su profecía porque al no hacer nada, nada se transforma por medios pacíficos), también tenemos capacidades y competencias para tratarnos con cariño y ternura desde el punto de vista interpersonal y con criterios de justicia desde el punto de vista estructural e institucional. Son las dos afirmaciones las que son "realistas" y hacer solo una de ellas es lo que es "sesgado". Por eso nos gusta decir en nuestro programa que "nosotros los pacifistas somos los realistas", porque admitimos la complejidad de las capacidades y competencias que tenemos los seres humanos para hacernos muchas cosas malas, pero también muchas buenas, de ahí que nos podamos exigir responsabilidad de cómo nos hacemos lo que nos hacemos. Además, sería un peligro desde los mediadores o desde los

centros de Investigación para la Paz, en este caso de fuera de Colombia, “imponer” las capacidades o competencias por desarrollar para transformar los conflictos por medios pacíficos. Es como cuando decimos que vamos a hacer un proyecto “para empoderar”, por ejemplo, a este colectivo de mujeres indígenas. Son las propias personas y colectivos quienes deben ser sujetos de su propio empoderamiento. Lo que se puede hacer es facilitar, crear conjuntamente la igualdad de oportunidades, para que se puedan ejercer las capacidades y competencias propias que se tienen (eso es lo que es “real”) para transformar los conflictos por medios pacíficos, reconocer esas capacidades en las personas que los han sufrido y crear las condiciones para su ejecución. Lo estamos aprendiendo del ejercicio de las capacidades para usar la violencia directa de tantos años, pero sobre todo, del ejercicio de esas capacidades, desgraciadamente a veces latentes y sin tener conciencia de que se tienen, de tantos movimientos sociales, grupos de la sociedad civil, colectivos de mujeres, de los mismos colectivos, o de las mismas comunidades locales. Un toque de alerta al uso de la palabra competencia: aquí la entendemos como capacidad para realizar alguna cosa, y no como la “competitividad” que permea todas las esferas de la vida humana impuesta por el neoliberalismo del emprendimiento.

Otra reflexión interpellante del proceso actual de la transformación pacífica de los conflictos en Colombia es que parece que, por fin, aprendemos que “no hay violencia que acabe con todas las violencias”. Cuando era adolescente en los años sesenta del siglo pasado y en España en plena dictadura, idealizábamos el surgimiento de las guerrillas en América Latina y en Colombia, incluso a los curas que radicalizaban su fe cristiana para tomar las armas: era tan grande la violencia estructural, la marginación, miseria y exclusión producida por el capitalismo de entonces, que parecía que “no había más remedio” que tomar las armas contra el sistema opresor. Todavía no se hablaba de violencia cultural o simbólica, pero sí de la necesidad de “concienciación” de la propia opresión y de la de estar al lado de los oprimidos, como justificación de esa violencia de respuesta o reactiva, entendida como una especie de “guerra justa”. Ha sido con mucho sufrimiento que estamos aprendiendo que no hay una violencia, aunque sea de respuesta o reactiva, que acabe con todas las violencias. Las violencias siempre engendran más violencias.

Desgraciadamente, el cambio en las maneras de afrontar las violencias estructurales de opresión y sus intentos de legitimación por las violencias culturales, no las “alivian”. Reducen el sufrimiento directo de las violencias directas, pero no el de las violencias estructurales originales que pueden ser más sutiles, revestidas de violencias culturales que justifican la marginación, exclusión y hasta expulsión de tantos seres humanos. Incluso, desde el neoliberalismo, dando la sensación de que son “ejercicios de libertad”. Expulsados y excluidos frente a emprendedores individuales que, fruto de su libertad, pueden individualmente triunfar porque son competitivos (ahora sí en el sentido que denunciamos más arriba). Para los expulsados y excluidos, se utilizan los argumentos de violencia cultural de que “no había más remedio”, que han tenido “mala suerte” o, peor, “que son unos holgazanes”. Son desperdicios humanos, basura, sobran y son expulsados del sistema económico.

La transformación pacífica de los conflictos como forma de hacer las paces no es ninguna ingenuidad utópica. Subvierte la noción de coraje y valentía, y trata de transformar las sutiles violencias culturales en culturas para hacer las paces, desde las propias capacidades y competencias que tenemos. Para lo que se necesita coraje no es para usar un arma, sino para comprometerse en la creación de otros tipos de culturas, de formas de cultivar las relaciones entre los seres humanos, atenta a marginados, excluidos y expulsados. Para ello aprendemos de la opresión por razones de género, que nos abre los ojos para estar atentos a otras formas de opresión y necesitamos aprender la disciplina de la no violencia, a ser ejercitada desde los diversos movimientos sociales.

Estamos atentos para aprender de los procesos de transformación pacífica de conflictos desde las propias capacidades de las comunidades, movimientos sociales y diversos actores, en este caso, en Colombia.

Vicent Martínez Guzmán  
 Director Honorífico de la Cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz  
 Universitat Jaume I, Castellón, España